

## SENTENCIA PREVIA

Alfredo Joignant

En 2002, Steven Spielberg estrenaba *Minority Report*, una película futurista en la que se narra una forma de civilización en la que el crimen era erradicado a partir de una tecnología que permitía evitar asesinatos justo antes de ser cometidos, lo que hacía posible de todos modos sentenciar a cuasi criminales. El argumento es la antítesis de la práctica ensayada por el presidente demente de Filipinas, Rodrigo Duterte, quien erradica el tráfico de drogas mediante el asesinato popular y policial de posibles *dealers*, sin preocuparse de pruebas ni menos de justicia.

El argumento fílmico de Spielberg no es muy distinto del argumento político que se emplea para descalificar la -también ella- cuasi candidatura, previa a toda materialización, "amenaza de gol", de Alejandro Guillier.

En efecto, es extraño leer en los diarios que el senador Guillier sea, según Carlos Peña, el fruto "de la habilidad para emitir frases generales que empatizan con el espectador promedio, ese individuo que es todos y es ninguno". ¿Tenemos seguridad de que esa empatía promedio es, realmente, lo que está ocurriendo? Supongamos que esa empatía se verifica, ¿en qué sentido es criticable a un año de una elección? Según el senador Ignacio Walker, Guillier es "el germen del populismo", una categoría que en política es usada como mote, estigma o sentencia previa precisamente para alertar de la posibilidad de lo que un agente podría llegar a ser, tal vez, algún día, como en un sueño personal inconfesable.

Sentencia previa: Guillier es acusado por moros y cristianos de la Nueva Mayoría como un individuo situado en el umbral de la comisión de un crimen, lo que significa que un Tom Cruise con barba y antofagastino bien pudiese encarnar a un populista criminal en un escenario de liderazgos tradicionales inestables, o derechamente en declive.

Este clima de sospechas es insufrible y políticamente torpe. Qué duda puede haber: Alejandro Guillier es, efectivamente, un senador, e Insulza tiene toda la razón de recomendarle que más vale que se acostumbre a la idea y condición de que es un político. Es cierto. Pero al mismo tiempo, exigir a todos -como lo hace Lagos- que comparezcan ante un tribunal de la opinión pública con ideas que nadie juzga en su contenido interno, es reivindicar una forma de elección no muy diferente de lo que es un jurado doctoral: elitismo sin asomo de legitimidad popular.

Más allá de que el senador Guillier haya exagerado lo que -según él- ha sido una inverosímil estrategia laguista de destrucción total de su liderazgo, asombra que se

le acuse de que no coloque ideas y permanezca en una condición de-algo-más-que-un-periodista: esto es cierto, muy a tono con el clima de indiferencia enrabiada de estos tiempos. Pero al mismo tiempo, exigir tomas de posición eruditas, o simplemente apegadas al calendario biográfico de un candidato, equivale a violentar los ritmos del outsider con los del candidato consagrado, quien no reconoce que sus posibilidades personales son hostiles al destino vital de las fuerzas políticas colectivas que hubiesen podido apoyarlo.